

Adolfo Sánchez Rebolledo

Dos notas sobre Carlos Pereyra

Para Corina

DÍAS QUE DUELEN

Me duele el momento: hay algo profundamente injusto, más allá del hecho irreparable de la muerte: Carlos Pereyra fue uno de los primeros en asomarse a la necesidad de ganar para la izquierda la batalla por la democracia. Contra viento y marea, en polémica continua con amigos y adversarios, fue conformando un sistema de ideas muy bien articuladas en torno a la *necesidad de la democracia en México* y a los principios básicos sobre los cuáles podía y debía construirse. No se trataba, por supuesto, de una operación normativa, en el sentido de proponerse construir una recomendación moral en favor del orden político democrático.

Como filósofo, Pereyra entendía que su tarea era una labor de orden analítico. O dicho en sus propias palabras, se trataba de dilucidar "qué debía entenderse por el concepto de democracia". Es decir, una tarea de orden *teórico*. "Lo que quiero decir —afirmaba Pereyra para acotar su enfoque—, es que cabrían dos opciones: la de elaborar un discurso donde sugerimos que el mejor orden social posible es el democrático, con lo cual, creo, expresaríamos simplemente buenos deseos, generosidad del alma, o algo así. Otra opción sería ¿es esto posible?, es decir, ¿hay elementos en la propia estructura social que impulsen hacia la democratización entendida en estos términos?; y otro problema: ¿qué consecuencias sociales derivarían de este proceso de democratización en el caso de que efectivamente en la propia estructura social hubiere factores que impulsaran tal democratización?"

Esta manera de plantear la cuestión desde un fondo materialista lo conduce a una apreciación radical de la cuestión democrática: su *historicidad* y su determinación compleja por el conjunto del desarrollo social. La democracia no será, en consecuencia, la aplicación de tal o cual posición ideológica, aunque éstas deban verse incluidas en esa visión general de sus posibilidades. No es la buena voluntad sino, como afirma, "la fuerza de las cosas, la lógica misma del desarrollo social", la que impulsa el establecimiento del régimen político democrático. Como fenómeno moderno, la democracia exige ciertas condiciones previas y concurrentes. La formación de comunidades nacionales, el acceso masivo a la educación, la información, la cultura, mecanismos todos que van haciendo "paulatinamente inviables los mecanismos cerrados, tradicionales, para designar gobernantes". Considerados en su más amplia perspectiva, los procesos sociales que han puesto a punto la necesidad de la democracia y su conformación en los países donde ya existe, son el resultado de una lenta evolución en las estructuras sociales que no fue conseguida más que en un "proceso de siglos".

Pero al existir, condicionan y hacen posible la transformación más acelerada hacia la democracia de otras comunidades, aunque cada sociedad, en particular, deba ella misma encontrar en su historia y en su desarrollo social los mismos elementos que la impulsen a la democracia, porque la existencia de los factores apuntados, en una sociedad dada, no bastan por sí mismos o sin conexión entre sí. Para ello es preciso que se establezca una relación

significativa entre la presencia de intereses particulares conflictivos y la sociedad de masas, como un proceso de larga duración; el paso de "sistemas cerrados" a mecanismos abiertos de "decisión" en la designación de gobernantes o dirigentes; abrir un espacio hacia una manera racional de distribuir el poder, siempre y cuando el término *racionalidad* no se plantee al margen de la otra idea central: el poder es una relación social, cuyo funcionamiento tiene sentido muy diferente "si ese entramado (estructural) es democrático o no lo es".

Todavía hace muy poco, víctima ya de la ofensiva feroz de la enfermedad, compartimos el pan y la sal en Chihuahua, en el curso de un Foro organizado por el Partido Mexicano Socialista, en el mismo territorio sagrado del neopanismo, para debatir, entre especialistas y políticos, el tema actual de la reforma democrática del Estado mexicano. Allí, una rareza, Carlos no llevaba nada escrito, aun-que desde siempre le resultaba incómodo improvisar. Ya se sentía enfermo. Pero a quienes estuvimos presentes en el debate, se nos hizo muy claro que aquélla era una de sus más lúcidas intervenciones públicas. Pereyra sentó la tesis de que sería imposible la modernización o la reforma democrática, incluso el respeto al voto, sin la abolición del régimen del partido de Estado, tema que hoy con mil variantes pero con cierta incompreensión de fondo, se repite en la prensa y se adopta como divisa de propios y extraños. Por eso, cuando un panista insinuó sus coincidencias con la previa exposición de Pereyra, en un arranque imprevisto de indignación, Carlos pidió de nuevo el micrófono para rechazarlo muy irritado. Algo insólito, pero absolutamente coherente: porque, en verdad, para Carlos Pereyra, la reforma política que se anticipaba como necesaria para México, estaba condicionada a una profunda necesidad del desarrollo social, a la maduración de ese entramado estructural del que dependían los impulsos democratizadores, en todos los ámbitos, desde la sociedad civil a las instituciones del Estado; era, pues, una necesidad de la sociedad mexicana, vista en la perspectiva de su desarrollo histórico. No podía, por tanto, coincidir en dicha perspectiva con grupos o corrientes que, bajo el mayor democratismo antigobiernista encubrían la acción de grupos de interés real antidemocráticos o de plano fascistas. La democracia, según él mismo había dejado escrito, no derivaba de una posición ideológica. No podía ser, por tanto, consecuencia de un programa principista o paradigmático más o menos "aplicable" a México a nombre de otras tantas fidelidades abstractas o metafísicas, como venía haciéndolo el PAN, cuyo democratismo se inspiraba en una modernizada doctrina social cristiana y en la *formalización* instrumental de la democracia, al modo como se estableció en los Estados Unidos el bipartidismo, nuevo arquetipo del neopanismo.

Tampoco resultaba teóricamente adecuado subsumir, por así decirlo, la crítica del autoritarismo, la burocratización, el corporativismo y el dominio del partido único a la crítica de un "modelo", cuyas correspondencias históricas serían inasibles aun en un mundo de tantas similitudes y coincidencias. El democratismo de la derecha mexicana veía en los rasgos estatizantes de la sociedad mexicana y en el monopolio del Poder, por parte de una burocracia corrupta y arbitraria, elementos socializantes y totalitarios que deberían ser combatidos, en nombre de la crítica a la aplicación del proyecto ideológico al que históricamente dicho partido se había opuesto y ante el cual se convirtió en la *reacción*.

Para la derecha, la necesidad de la democracia nacía de modo natural como respuesta radical al *estatismo* "socializante" o, mejor dicho, sin alternancia ni respeto al sufragio, en el temor de que una buena mañana el gobierno decretara el "socialismo involuntario", como había decretado la expropiación de la banca.

Pero el supuesto *implícito* del democratismo panista consiste en la identificación estructural, orgánica, entre la libertad de empresa y las libertades ciudadanas individuales, esto es, una versión ideológica de la democracia que se contradice con el hecho histórico de que, en todas partes, han sido las clases propietarias las principales *opositoras* y no las gestoras de la implantación del sufragio universal y, en consecuencia, el obstáculo más poderoso a la continua expansión de los demás derechos democráticos.

Más aún, en las condiciones de un régimen centralizado y autoritario como el mexicano, donde el Estado, a querer o no, ha sido, en momentos claves de la historia, el instrumento para el crecimiento económico, la parte de la clase empresarial que podríamos considerar originalmente nativa debe su razón de ser, su propia existencia, no sólo al desarrollo de las condiciones de infraestructura impulsadas por el Estado sino, además, a una asociación directa y comprometida entre los intereses políticos y los económicos, cuando menos al nivel de las cúpulas dirigentes, cuyos acuerdos periódicos con el poder político central, sucesivos a oleadas crecientes de presiones y campañas de desprestigio, de "desconfianza", terminaron por imponer su propia lógica sin necesidad de romper con el orden de cosas establecido por una larga práctica de convivencia.

Todo el resto del discurso panista, alusivo al papel de los llamados grupos intermedios y otras reflexiones del mismo corte, parecía definir la política concreta, electoral de dicho partido, como si el programa fuera un asunto aparte de fe o creencias, sin fuertes vínculos a la realidad mexicana.

Pereyra, pues, no podía estar de acuerdo con el supuesto panista de fondo, pero, en cambio, podía coincidir —y de hecho así lo manifestó— en cuestiones concretas relativas a la limpieza electoral, a la defensa del voto. Si, como él mismo lo apuntaba, la democracia es el resultado de una profunda evolución histórica, no siempre ni en cualquier momento su establecimiento es viable. En algunas sociedades, la democratización requería de contrapesos y ajustes políticos para no abandonar prioridades sociales inaplazables o, en otros casos, la defensa de un país amenazado, aun sin entrar en una etapa de excepción, podría requerir de formas transitorias menos democráticas, pero no absolutamente injustas.

Lo que no es posible, según su punto de vista, es confundir los diversos planos de la realidad social ni atribuirle a la democracia un contenido sustituto. Se trata de un ajuste de cuentas conceptual y polémico que se inicia por diferenciar el concepto democracia de otras categorías que la suplantán o se le sobreponen. Para señalarlo en breve: Pereyra parte de la idea de que es imposible identificar *igualdad* con democracia, de la misma forma en que es incorrecto hablar de democracia social o justicia social como equivalentes al concepto democracia. "Una sociedad —escribe Pereyra— puede ser igualitaria, máximamente igualitaria, y no haber avanzado un solo paso en su democratización", de la misma forma que resultaría un contrasentido oponer, como se ha hecho desde siempre en la tradición socialista, *democracia formal-democracia real*, o sustancial como la denomina Pereyra, donde esto último vuelve a significar igualdad, justicia social, etcétera.

Para Pereyra la cuestión de la democracia radica única y exclusivamente en un punto que se puede formular en una frase: *cómo los gobernados eligen a sus representantes*, cuáles son sus relaciones y cómo opera este mismo mecanismo en cuanto institución deba enfrentarse al asunto de quiénes dirigen, administran o gobiernan.

He seguido de cerca estos textos para revelar en forma literal la claridad expositiva y la profundidad de un pensamiento que, sin duda, había alcanzado un momento de madurez política e intelectual.

La preocupación por la democracia era la consecuencia lógica de sus estudios en torno a las relaciones entre filosofía y política, pero comienza a expresarse bajo un nuevo enfoque cuando en el horizonte social y personal, se plantea la necesidad de resolver los problemas de la *práctica* política. Marx *dixit*: cuando las condiciones se han modificado o madurado para ello.

A raíz de la Reforma Política de 1979, en la que algunos sólo advierten con desprecio una tímida *reforma electoral*, Pereyra se lanza a rebatir las ideas que el "sentido común" refuerza, a partir de una trama de conceptos falsos e irrelevantes; pero sobre todo, llama la atención que, aun concediendo que la reforma consistiese en una reforma electoral limitada, ése era ya de por sí un avance muy importante para modificar el inmovilizado cuadro político nacional.

Como respuesta a las inquietudes políticas vinculadas a los sectores sociales de izquierda, la legalización del Partido Comunista no era, por cierto, una concesión gratuita, pero sí un claro, legítimo y profundo avance, el único posible dada la correlación de fuerzas, cuyo desenlace dependería de la capacidad de las fuerzas de oposición para aceptar las nuevas reglas del juego y crecer dentro de ellas, esto es, capacidad para inventar una participación sin coartadas en la construcción de la democracia mexicana.

Naturalmente que el tránsito paulatino del régimen de partido único a la competencia electoral abrirá serios interrogantes en las perspectivas políticas tradicionales de la lucha por el socialismo. Cancelaba el simplismo intemporal y obligaba a nuevas reflexiones que, por otra parte, ocupaban ya el escenario socialista bajo el tema del "euro-comunismo" en Europa.

La apertura del socialismo mexicano a una concepción democrática significa transitar de una concepción instrumental y reduccionista de la lucha de clases, en la cual el momento de la democracia es sólo una etapa *inadecuada* pero aprovechable hacia la verdadera democracia, a otra visión en la cual esa democracia *formal*, "burguesa", es un componente necesario, con sus atributos de representatividad y pluralismo, del socialismo no autoritario. Ya no se trata tan sólo de aprovechar los espacios democráticos para combatir mejor a las instituciones y al Estado burgués, bajo el argumento último de que la superioridad democrática del socialismo no radica en los mecanismos políticos de la elección de los dirigentes, mediada por la representatividad y el *papel dirigente del partido único*, sino además por la naturaleza justa, inequívocamente igualitaria y, por tanto, democrática, del régimen económico y social. Por el contrario, Pereyra se adscribía a un socialismo donde éste es también resultado de una elección mayoritaria, consensual, y en consecuencia, resultado de un proceso que hace corresponder la legitimidad de las instituciones y el Estado con la naturaleza legítima, democrática y socialista del régimen.

En suma: la concepción democrática tiene que abrirse paso a través de una ideología que, en sus términos ideológicos habituales, remite al principio revolucionario del tránsito al socialismo, pero que elude, en consecuencia, la reforma democrática del Estado porque, en definitiva, la concepción instrumentalista identifica al Estado con el poder burgués.

En México, además, la tradición no democrática del pensamiento dominante tiene una doble raíz; por una parte, crece vinculada al desarrollo de una realidad y una ideología no democrática, la del llamado socialismo *real* que se consolida en los años treinta. Por otra, la tradición revolucionaria mexicana que emerge bajo la forma específica de la ideología nacionalista-popular, al desplazar el centro de interés político a los problemas de la equidad social, desdeña la necesidad de la democracia, que es vista, al igual que los marxistas de la época, como una *trampa* de la reacción restauradora que, por cierto, con la tesis de que el camino electoral es el único plausible, abrirá paso a la idea moderna de que la libertad política es equivalente a la libertad de empresa.

Para Pereyra, en resumen, el reconocimiento conceptual de la democracia pasa por la aceptación de varios presupuestos. En primer lugar, asegura, la democracia es siempre democracia política; la democracia, en rigor, sólo se refiere al asunto citado de cómo *los dirigidos eligen dirigentes*, esto es, la forma que adopta la relación entre gobernantes y gobernados, lo cual lleva a plantear que la *democracia es siempre democracia formal* y, dado que no puede pensarse en una sociedad sin conflictos ni intereses particulares, sin proyectos divergentes, ni siquiera en la sociedad sin clases, la *democracia es siempre representativa y pluralista*. La democracia, concluye Pereyra, "opera, y aquí sí creo que uno podría ser radical con la expresión, *como el único régimen político que no supone la supresión del otro*, la eliminación, cancelación o desaparición del otro, sino como un régimen político cuyas posibilidades son justamente las del reconocimiento del otro, la negación, la convergencia, la concertación".

Pereyra volverá en los últimos años una y otra vez sobre estos temas, estudiando,

introduciendo matices o pequeños cambios, en una misma línea de pensamiento. En 1984, Pereyra resume: "El asunto de la democracia es inseparable de la cuestión del socialismo. Justo porque en las sociedades capitalistas la democracia es siempre restringida o de plano erradicada, es preciso concederle un lugar central en todo proyecto de cambio social en la dirección mencionada. Si bien en los países capitalistas del centro, la prolongación de la lucha de clases dominadas y las favorables condiciones creadas por la capacidad de arrancar excedentes productivos en el resto del mundo, han conducido a significativos avances en la democratización social, una abundante experiencia histórica muestra que la dinámica propia del capitalismo periférico es profundamente hostil a los menores resquicios democráticos. *Aquí la democracia será resultado del movimiento popular o no será* [subrayado de ASR]. Una preocupación consecuente por las perspectivas democráticas en el Tercer Mundo no excluye, todo lo contrario, la preocupación similar respecto a tales perspectivas en el *socialismo real*".

POSDATA

Pereyra fue un militante sereno, discreto pero *eficaz*, sólo que de una eficacia desacostumbrada o, diría yo, casi desconocida en México: la del teórico que reflexiona sobre los hechos de la realidad *actual*, los vive en el presente como un compromiso moral, crítico y transformador. No fue, ni jamás quiso serlo, un intelectual de partido como los que sirvieron de adorno en todos los viejos comités centrales. Pero fue, hasta el momento final de su vida, un hombre comprometido con una causa. Quiso el poder para quien alzara las banderas de los explotados, pero nunca lo quiso para él mismo, ni dentro de su organización ni fuera, en el Estado. Tal vez por eso, tras el filósofo muchos no pedían contemplar al político. Por eso, acaso, pudo sentarse a la mesa de los prominentes y poderosos, con el suéter azul sobre la camisa abierta, sin pedirles ni perder una micra de independencia. Ahora se puede, se debe decir, que su *vida y obra*, tan concordantes y equivalentes, adquieren sentido histórico si se observan como el desarrollo de una permanente confrontación crítica con los primeros y fundamentales ideales revolucionarios de su juventud, mismos que siempre fueron replanteados o desechados con lucidez e inteligencia, con humor pero sin frivolidad, como el despliegue ordenado de una vocación, la política, pero también de una ética.

LUCES DE NAVEGACIÓN

No caben en estas viñetas más que apuntes rápidos, perfiles, gruesos trazos sobre una época en la que mi relativa cercanía a Pereyra me permite recorrer junto a él los inicios de una formación intelectual y política, los orígenes de una reflexión teórica que andando el tiempo será un pensamiento original y significativo. Es claro que tal vez nada de lo que vimos o vivimos juntos, la contemporaneidad de actos y vidas, garantice vistas comunes del entorno ni permita extraer conclusiones parecidas, así el fondo real fuese un mundo de valores y situaciones compartidas.

En estas notas han quedado al margen todos esos aspectos que la gente prefiere encontrar en estos escritos de homenaje: el detalle personal, la frase memorable, la anécdota definitoria y repetible. Habrá que recuperarlos, pero yo no he podido hacerlo. Me refiero a ellos sólo de modo incidental, como ilustración de un momento. En un relato casi unilateralmente político, he preferido recordar señales, nombres (algunos), claves de la época que, en sus rasgos básicos, ha sido ya completamente superada. Por mucho que la línea de continuidad histórica parezca visible, como un hilo que cruza casi tres décadas, en definitiva el país es otro, los problemas planteados a la sociedad de hoy son cualitativamente diferentes, y aunque queden varios problemas sin resolver, uno puede tener la legítima sensación, más allá de situaciones

personales, de que, pese a todo, hemos avanzado y mucho, a través de un proceso que ha costado, aunque ese costo sea intangible, no sujeto a pesas y medidas, porque nunca fue lineal, ni blanco o negro.

Gente como Carlos hizo una contribución desde muy joven a este cambio. Vista desde el ángulo de una historia intelectual, esa aportación tuvo una génesis compleja, a veces dolorosa, desde el entusiasmo original de los días juveniles al derrumbe o la sustitución de entrañables esperanzas. Pero, al fin y al cabo, pese a los despiadados virajes de la realidad, similares a los golpes de viento contra las velas en la inmensidad del mar, Carlos conservó su embarcación y la condujo a puerto seguro. Por eso, su historia es un ascenso continuo a la madurez y al equilibrio. Y si, al final de su vida, aún se cuestionaba su propia identidad ideológica, eso quiere decir que la voluntad de vida, la búsqueda, jamás fue derrotada ni aun en el centro de la tormenta física. Pero hablar de aquel pasado remoto, tomar unas vistas de esos días de juvenil militancia política, acaso despierte nostalgia, no desencanto. Sólo hay, me parece, arrepentimiento, en quienes nadaron solos a la otra orilla, siempre a favor de la corriente, y ahora carecen de los medios para cruzar solos de nuevo las aguas, sin poder evocar los paraísos o los infiernos, hallados en aquel pasado que hoy compromete a las certezas de su presente.

Carlos Pereyra, no obstante ese apacible carácter que Carlos Monsiváis en último homenaje le concede, no eludió intolerancias, pasiones o sectarismos que con inteligencia y cultura pudo analizar positivamente. [No eludí, por no contrariarlo, criticar lo que a veces me parecía *abstención*, o *abandono* de una posición que, tal vez, desde mi intolerancia, parecíame decisiva.] No, en verdad no había tal. Con la ayuda de su temperamento pacífico, Pereyra había asimilado una concepción de las reglas del juego social, que ya no dependían tanto de esa veta psicológica natural, sino de la interiorización de una conducta admirablemente organizada gracias a una disposición inteligente y lógica de sus atributos intelectuales.

Dicho de otra forma, si hubiese que añadir otro mérito a su memoria, yo propondría éste: cierta ubicuidad, esa suerte de capacidad para poder estar un poco en todas partes. O su equivalente, *contrario sensu*, la incapacidad para encerrarse en un solo grupo sectario, cultural o político. Carlos aprendió el arte del diálogo que, dicen, es sabiduría para escuchar; no lo sé, pero entiendo que es una aptitud para situarse en la posición del otro, antes de concluir una respuesta que excluya otras "determinaciones concretas".

Es evidente que a lo largo de su vida, Pereyra desechó varias de sus ideas o actitudes teóricas centrales. Nunca le resultó fácil o sencillo. Podía ser mucho más conservador de lo que daba a entender para cosas importantes de su vida. Cambiaba —dicen que es de sabios mudar—, y aunque las culpas sucesivas pudiesen atraparlo en noches difíciles, no procuraba hundirse en la falsedad de la autojustificación. Solía atribuirme, entre bromas y veras, una actitud vigilante, como si en alguna forma yo cuidara de la regularidad ortodoxa de sus convicciones. Pero en cierta forma, él siempre había sido más radical. Una vez que se encaminaba en una dirección actuaba con toda energía, sin concesiones. Era duro, durísimo, en el debate teórico y político, en contraste con la repulsión que le provocaba la violencia física.

Recuerdo muy bien, por ejemplo, sus cortantes respuestas a un Régis Debray que, luego de la prisión en Camiri, nos *regalaba* en México con la novedad del *nacionalismo*, recién descubierto en Bolivia, como una opción avanzada para Latinoamérica, aun si estaba en los labios de los militares desvinculados del control oligárquico. En reducida reunión en casa de Berta Navarro, además de Pereyra, estábamos Rolando Cordera y yo, quienes entonces, matices más o menos, compartíamos la tesis de Andre Gunder Frank o Ruy Mauro Marini, es decir la concepción que justificaba teóricamente —aunque no sólo— la línea *foquista* que Debray había desplegado en *Revolución en la revolución*, texto que Pereyra conocía —al fin althusseriano—, al detalle. Entonces, Carlos debía fidelidad al leninismo "maoísta" de la

organización a la que pertenecía, de tal manera que rechazó con frases fuertes, pero en un tono amable y discreto, las pretensiones del nuevo descubrimiento ideológico de Debray. No cometía excesos, desde luego, pero podía ser un adversario irónico o ácido. Lo contrario de su prosa, por la cual, de buena vena, una vez Efraín el poeta le suplicó: "ponga un adjetivo, Carlos, un solo adjetivo de vez en cuando". Aprendió la lección, pero siempre colocó por delante el uso equilibrado de los sustantivos que picaban, irritaban u ofendían, incluso a las glorias consagradas que algunas veces se sintieron aludidas por la transparencia de sus frases.

Carlos, como ya queda dicho, aparte de sus cualidades personales, su inteligencia y calidad moral, justamente reconocidas por todos, sujetó su tarea intelectual a principios dictados por un sentido de la vida siempre vinculado a un eje ético: la certeza de que el mundo sería más vivible y justo *después* de eliminar las causas de la pobreza, la opresión, el racismo, la humillación de los débiles, la prepotencia de los países ricos y dominantes; es decir, esas razones que están en la base común a todas las concepciones igualitarias y socialistas, que son, en grado último, razones morales, y no sólo causas para la historia o la ciencia.

Hacia 1960, el único compromiso con el futuro era la Revolución. Ya se concibiese como el despliegue de una necesidad subjetiva, ya como un acto que se cumpliría en tanto realización histórica, dependiente del impulso objetivo de su propia superioridad.

Por mucho que las opiniones de Pereyra se transformasen con el tiempo, los cambios más rápidos y sorprendentes ocurrían en la realidad, ante la cual, digámoslo sin temor, siempre anduvimos un poco a tuestas o a la zaga.

Sin embargo, en el fondo de ese largo periodo que fue un verdadero proceso formativo, subsisten en Pereyra las mismas preocupaciones vitales; habida cuenta que su actividad política, salvo lapsos muy cortos, se mantuvo siempre firme en cauces partidarios, conforme a esos iniciales impulsos, pero también, como veremos más adelante, según una concepción teórica depurada que atribuye a la militancia partidaria, a la actividad sistemática de los partidos, un rango privilegiado entre las formas mediante las cuales las fuerzas sociales intervienen en la historia, asunto *clave* en la concepción filosófica, política y moral de Carlos Pereyra.

Acompañé a Tuti en algunos tramos de ese largo recorrido. Tuve con él coincidencias y diferencias, distancias y convergencias, en un diálogo siempre posible a partir de una relación amistosa antigua y profunda que, además, se sustentaba en un principio elemental: la igualdad personal para debatir, sin que los méritos individuales se convirtieran en nuevos argumentos de autoridad para ese debate y esa relación. La ausencia de autovaloración pedagógica y sobreestimación, tan frecuentes entre los llamados intelectuales de partido, hacía que todos viésemos a Tuti *como un compañero más* y no siempre como el teórico no prescindible, el observador realista y crítico al que era debido consultar asuntos complejos o delicados.

En virtud de esa larga relación, es que me siento con derecho para intentar rescatar polémicamente y a mi arbitrio lo que tal vez pudiésemos llamar las obsesiones vitales de un socialista *en su socialismo*, esos nudos que se proyectan sobre el porvenir que cada vida trata de desatar.

La realidad que fuimos conociendo más adelante ha sepultado la ilusión *mítica* en la Revolución; en la dura opacidad socialista inerte e inocultable, tras el XX Congreso del PCUS, de una nueva sociedad que, al cambiar, quiere parecerse en el extremo óptimo a la sociedad de consumo norteamericana. El socialismo real, luego del deshielo soviético, es más comprensible pero no es más convincente. Se puede leer la *Autobiografía precoz* de Evtushenko y su poema a Babiyar, cuando viene a México y se instala luego por meses en Cuba, tropical paraíso literario; se edita a Soljenitsin, cuyo último *gulag* sólo aparecería en el exilio mucho tiempo después. Jruschov, es evidente, rompe prejuicios intocables, pero ha enlazado su destino al inmovilismo partidario, y a una nueva e inadmisibles aventura, que sólo se explica en la lógica de una gran potencia: la disputa por la hegemonía sobre el movimiento

comunista internacional, que es en el fondo la lucha contra China por la herencia vacante de Stalin, y por la supremacía soviética en todo el lejano Oriente.

La Revolución cubana —que en un principio se resiste a cualquier alineamiento— establecerá pronto fuertes vínculos económicos con la Unión Soviética que, a querer o no, desempeñarán un papel decisivo en el curso posterior de los acontecimientos, en la configuración ideológica y política de la izquierda latinoamericana, que había descubierto, en Cuba, un camino esperanzador.

Pereyra quiso, como todos quisimos muchas veces, desenredar una madeja en la vida, plantear y resolver teóricamente los problemas que la realidad interpuso como obstáculos o vacíos al acceso a esa sociedad más libre e igualitaria que la *época prometía*. Ese intento lo mantuvo ligado por algunos años al comunismo mexicano, no sólo al PCM, del que siempre esperó, al menos, la respuesta *práctica* que jamás consiguió elaborar teóricamente. Al paso de los años, cuando la realidad internacional anuló las esperanzas en la vía revolucionaria, pero también canceló en Chile la vieja hipótesis "reformista", que era impulsada por las *mismas* fuerzas políticas, a partir de un horizonte ideológico *común*, Pereyra se propuso una revisión crítica que lo llevó a intentar demostrar, pieza por pieza, el mecanismo teórico sobre el cual descansaban las certezas metafísicas de los antiguos partidos obreros y sus variantes izquierdistas, cuya aparición en el escenario actual, lejos de superar el fondo teórico desgastado, lo suplantaban con una apología de los métodos y los fines premarxistas consagrados como culto a la violencia. Esta crítica lo condujo a acercarse cada vez más a posiciones asumidas por la socialdemocracia y al *reformismo* como vía para la acción política.

El desarrollo social capitalista ya había ido más lejos que las promesas más imaginativas del mundo socialista. Entre la revolución imaginaria, utópica, de los días juveniles, y las realidades opacas pero ciertas del socialismo *real*, no cabían falsos desplantes del avestruz, ni la afirmación ciega de imposibles singularidades para eludir las deformaciones estructurales del Estado burocrático. De cualquier modo, buscar allí, en ese territorio minado, el espacio para un socialismo posible, pese a los desencantos o las desilusiones, fue la obra de Pereyra. Plantearlo con rigor y sin concesiones fue su mayor aportación teórica y política.

La creciente expansión de la izquierda mexicana creó un ambiente político más culto, inquieto e interesado, pero no fortaleció la capacidad de interlocución de sus organizaciones, cada vez más hundidas, paradójicamente, en un repelente pragmatismo y en la formación, culturalmente atrasada, de sus líderes históricos. En los años recientes, se hizo más claro que el diálogo *imposible* no estaba sólo cruzando la línea divisoria, sino en el propio campo de fuerza, donde la banda ortodoxa y radical amenazaba con anegar de viejo y nuevo primitivismo los espacios ganados durante años de duros esfuerzos para filtrar en la cultura política nacional otras ideas y comportamientos. Pereyra observa, en el auge del izquierdismo, en la homologación del más superficial y hueco de los activismos, en las pretensiones prácticas políticas de los partidos de izquierda, un peligroso anacronismo que se revierte sobre la historia y su presente como un estigma que ha de borrarse.

Pereyra critica, cuantas veces puede, esa paulatina degradación del fondo ético e ideológico, de quienes se autocalifican representantes de una vanguardia esclarecida, cuyo radicalismo tampoco será una vacuna infalible contra el oportunismo más vulgar, si la hora se ajusta.

Sin valorar estas experiencias nacionales, junto a otras latinoamericanas (Chile, Argentina o Uruguay) o meramente teóricas sería incomprensible la evolución de Pereyra hacia la revaloración íntima, subjetiva, personal, diríamos, de los grandes temas asociados al estudio del Estado y la sociedad civil, la democracia o el reformismo, al igual que otros que se superponen a veces como preguntas o rasantes respuestas, a las certezas no olvidadas del pasado.

Quien estudie a trasluz su obra filosófica —permítase el sacrilegio—, sobre todo los textos capitales consagrados al *sujeto* en *la historia*, aprenderá más, mucho más también de la vida

interior de nuestro filósofo, que mediante el recuento de una colección de sus anécdotas o las singularidades de su personalidad.

No me ocupo de ellas casi, sino de las respuestas y de la época que las hizo posibles. Hoy me inquietan más las preguntas de Pereyra que sus mismas respuestas. Quisiera saber por qué un Carlos Pereyra lanzado a la crítica paulatina del marxismo, requiere debatir a fondo un tema que no había estudiado hasta entonces, como es el caso del problema del partido obrero *en Marx*, asunto de interés militante que plantea en ocasión del Centenario de Marx. ¿Qué partido vislumbra bajo la sombra de las categorías que rechaza? ¿Simple deslinde, ocasión para el alejamiento de la ortodoxia? Pereyra no es afecto a la discusión escolástica. No es el suyo un enfoque libresco. Para mí, irrumpe en ese callejón de fantasmas en que devino la esperanza revolucionaria para buscar una nueva luz, esa que no apaga el viento de la desilusión.

No sé si exagero. Pienso que acaso en algún resquicio místico del laicismo, ambiguo y contradictorio, en que se formó, Pereyra pudo suscribir, como si fuesen suyas, esas viejas palabras de Lukács, uno de sus clásicos maestros: "Han pasado más de treinta años desde que de joven leí por primera vez el 'Manifiesto Comunista'. *La profundización progresiva — aunque contradictoria y no lineal— en los escritos de Marx es la historia de mi evolución intelectual, y llegan-do mucho más allá de ello, la historia de mi vida entera, hasta donde, en general, tiene alguna importancia para la sociedad.* Me parece que en la época siguiente a la aparición de Marx, el ocuparse de Marx debe formar el problema central de todo pensador que se tome en serio; creo que la manera y el grado de apropiación del método y los resultados de Marx determinan su rango en el desarrollo de la humanidad". *Mi camino hacia Marx. 1933.*

Carlos Pereyra nació el 7 de agosto de 1940 y falleció el 4 de junio de 1988. Estas notas no debían rebasar el marco y los límites que me había impuesto: rendir un adiós personal al amigo y al compañero que fuese al menos un recuento de época más que una historia de vida; una crónica, libre y desordenada, más que la biografía o la historia intelectual. Ofrecer un somero testimonio de lo que siempre fue compartible: aquella realidad en la que adquirimos las primeras concepciones políticas, las ideas, obsesiones o mitos que, haciéndonos distintos o discrepantes, nos acompañarían toda la vida como una especie de equipaje común. Supongo que carezco del dominio del oficio para que una empresa así resulte una tarea grata y no una carga demasiado pesada. Pero hay algo más profundo que me inquieta, me hace dudar y frena la exposición "natural". Aún no tengo una respuesta adecuada o satisfactoria a la pregunta: ¿por qué Pereyra ha concitado tal grado de adhesión o fidelidad a su persona y a su obra? Tenemos la evidencia reiterada de su inteligencia clara y ordenada, tenaz, y ya es en cierta forma un lugar común reconocer como su gran virtud el carácter apacible del que deriva el hábito de la tolerancia, sin la cual no hay actitud democrática creíble.

Todo eso, es verdad, permite valorar el significado que su ausencia deja en nosotros: esa oquedad, ese vacío que para unos es pérdida de un claro y lúcido interlocutor, para otros el final de una convivencia amistosa en torno a un café, para tejer el placer de las horas dejadas a la fantasía del fútbol, a la confidencia, al recuerdo de días sin brújula, en paisajes perdidos a la memoria de las leves aventuras juveniles, ensoñaciones del futuro como lo imaginamos en la playa El Catalejo, o los rumores de un *otro* México, en Pinotepa Nacional, recorridos sin tiempo en la provincia, cuya lejanía conmueve a Pereyra.

Es verdad que Carlos deja una obra filosófica inconclusa, de la que aún podía esperarse desarrollos superiores, que ya es motivo de reconocimientos académicos. Pero eso no responde a la pregunta. Si algo unifica en torno a Pereyra es la *actualidad* de su pensamiento político: la oportunidad reflexiva unida a la vocación de claridad que pasa a través de los conceptos más oscuros sin vulgarizarlos. En esa unidad del discurso múltiple, Pereyra ha puesto a la mesa de un lector ávido *argumentos*, alejado del periodismo simplista o el ensayo

panfletario, ideas para inducir otras respuestas y nuevas reflexiones, más allá de la reproducción de las adhesiones *ad hominem* convocadas por las grandes firmas de opinión. Es aquí, creo, donde Pereyra hallará la comprensión generalizada de una naciente opinión pública.

Con su calidad teórica, centrada al servicio directo de los temas vivos, actuales, a los que en su dispersión exige un tratamiento generalizador y sistemático, suma y síntesis, convierte su actividad cotidiana, profesional, *en una necesidad colectiva*. Y ésta es la clave, que ho hubiese sido posible sin un ambiente universitario libre y plural, pero tampoco sin la consolidación de una prensa independiente, y la apertura en los mercados informativos para los puntos de vista de la izquierda.

Esa capacidad de Pereyra para comunicarse por escrito, tan contraria a su timidez habitual para el contacto ocasional, directo —que no en la cátedra—, lo distingue de otros expertos, cuya obra, tal vez más completa, parece conde-nada a no salir de los circuitos de la élite intelectual. Esa es la *definición* que hace la diferencia.

A pesar de la quietud contemplativa del filósofo que a veces encubre cansancio o tedio hacia los temas "técnicos", Pereyra bulle ante los acontecimientos como sólo puede sentirlo un militante de la vieja guardia, para quien el estudio crítico de la realidad social tiene un sentido que va más allá del interés científico, que busca descubrir en ella el proceso mediante el cual se constituyen los agentes, los medios del cambio, los conceptos, cualesquiera que sean los significados cambiantes que adquieran en su perspectiva teórica los clásicos temas de la Revolución, la justicia o la libertad. Ese hilo vital no se perderá en el encuentro con el pensamiento actual, moderno, en una problemática de época que también conoce las modas, pero que sabe alzarse y no perder la intencionalidad originaria.